

y posibilidades. Ante todo *La démocratie en Amérique*, de Tocqueville, ejerce fuerte influencia en ella. En su camino hacia América pasa por Copenhague y allí entabla una cariñosa amistad con Hans Christian Andersen y otros intelectuales, pero un gran escritor, filósofo misógino y muy influyente, se niega a recibirla: Sören Kierkegaard, que no siente ningún afecto por señoritas con veleidades de escritora. La misiva en que el gran danés declina la invitación de Fredrika de encontrarse para un momento de conversación está llena de vacilaciones e hipocresía, da muchas vueltas sin llegar a decir claramente por qué no quiere verla. Años más tarde Fredrika escribiría sobre Kierkegaard con mucho aprecio pero no sin cierto sarcasmo y, según algunos críticos, con cierta mala voluntad. Al leer lo que Fredrika decía de él, el autor de *El concepto de la angustia* anotaría en su diario que se arrepentía de no haberle respondido a Fredrika su interés de verlo con la carta que él concibiera inicialmente, o sea, con estas solas palabras: «No, muchas gracias, señorita, yo no sé bailar».

En octubre de 1849, desembarca Fredrika en Nueva York.

Pero antes de continuar debemos preguntarnos: ¿qué acontecimientos habían marcado al mundo en aquellos años de la década de 1840? ¿Cuáles eran las condiciones históricas que rodeaban a la escritora? Veamos.

En 1844, un tal Karl Marx se hace amigo de un tal Engels, hijo de un capitalista industrial y escrupuloso ayudante de su acaudalado padre como tenedor de libros. En Asia, Gran Bretaña se adueña de Hong Kong; en África, los argelinos, con la ayuda de Marruecos, luchan contra la dominación francesa. En el Caribe, surge una nueva república: la República Dominicana. En Suramérica, el Río de la Plata es bloqueado por las flotas francesas e inglesas; Inglaterra se anexiona las Islas Malvinas. En Cuba, se producía la horrible matanza de esclavos y libertos que se denominaría «Causa de la Escalera», a la que regresaremos más adelante. En 1847 se producen en México las derrotas de Palo Alto y Resaca de la Palma; los EE.UU. se apoderan de Santa Fe. 1848 es un año de cruentas revoluciones en toda Europa. En febrero de ese año apareció en Londres un raro folleto en alemán, *El Manifiesto Comunista*, que se convertiría en el panfleto político más subversivo de todos los tiempos. Ese mismo año un librero de Estocolmo, un tal Per Götrek, publicaría en esa capital la primera traducción del tal panfleto. Fredrika jamás mostró simpatías por la ideología comunista, que combatió en artículos y descalificó en innumerables cartas; pero quedó influida y más tarde en su vida, al regresar de América pasando por Londres, abogaría por un socialismo cristiano con admirable firmeza y coraje. Francia está en llamas. En febrero del 48, la insurrección se adueña de París. Se lucha contra el régimen de trabajo de niños y por el acortamiento de la jornada laboral, que era hasta de 12 horas. La sublevación popular fue aplastada a sangre y fuego, más de 10.000 personas perecen y varios miles son enviados a Cayena. En Estocolmo, la sangre corre por las calles. Grandes demostraciones, reprimidas brutalmente por el ejército, dan como resultado unas 30 muertes y un nuevo gobierno del que forman parte los liberales moderados. Se abre la posibilidad de ciertas reformas. Alemania vive una violenta

revolución que influye a Dinamarca, que pasa grandes aprietos con la guerra de los Ducados de Schleswig-Holstein. En febrero de 1848, es decir, un año antes de que Fredrika llegara a Nueva York, se produce uno de los hechos más trascendentales de la historia de Norteamérica: la paz de Guadalupe-Hidalgo, o sea, que México, víctima de una guerra de expansión racista, acababa de perder sus territorios inmensos al norte del Río Grande.

¿Qué ocurría en la Cuba que Fredrika pronto visitaría?

El trabajo esclavo es la base de la economía exportadora del país. (Recordemos que ya en 1807 se había suprimido *la trata* en los EE.UU., no la esclavitud.) Acorralada por Inglaterra, cuya expansión industrial así lo requería, España se vio obligada, en 1817, a firmar un tratado que abolía el tráfico de esclavos en todas las colonias españolas. Este tratado comenzó a regir en 1820 pero en Cuba la aristocracia esclavista hizo caso omiso de un documento estúpido que les amenazaba la base misma de su existencia histórica. El mar se llenó entonces de aventureros que traían barcos repletos de negros y los introducían de contrabando en la isla. Las autoridades coloniales se enriquecían prestando su silenciosa protección a tal actividad. Se estima que entre 1827 y 1841 llegaron a Cuba más de 300 cargamentos de esclavos. Recuérdese que Cuba fue la última de las colonias españolas que se liberó de España. En el continente, el Virreinato del Río de la Plata, o sea, Argentina, Paraguay y Uruguay, se habían liberado en 1810, 11 y 14, respectivamente. Nueva Granada, hoy Colombia, en 1819. En 1831 surgen como repúblicas independientes Venezuela y Ecuador, que habían pertenecido a la Gran Colombia creada por Simón Bolívar. México alcanzó la independencia ya en 1821. Y es que en Cuba, los hacendados criollos temían la independencia justamente por miedo a los negros, siempre rebeldes. La independencia de Cuba, sin embargo, no llegaría jamás a producirse sin la participación de los negros. En el momento en que Fredrika Bremer llega a Cuba se calcula que habría en la isla unos 400.000 esclavos, casi el 40 por 100 de la población.

En una noche de enero de 1843, los esclavos de algunos ingenios de Matanzas se rebelaron. La insurrección comenzó en Cárdenas, donde se alzó una dotación de 254 esclavos. En ese tiempo se estaba construyendo una línea férrea de Cárdenas a Jaruco, y los negros que trabajaban allí se unieron a la sublevación. Las tropas de lanceiros españoles reprimieron la revuelta con tal crueldad, que muchos de los negros que escaparon a la matanza ¡se ahorcaron en grupos de 15 y 20! En una de sus cartas desde Cuba, al describir esos árboles altivos que son las guásimas, Fredrika dice de pronto: «...esos son los árboles en los que se ahorcan los negros». Pero las sublevaciones se extendieron como la pólvora. O'Donnell, a la sazón Capitán General español de la isla, se enteró —o inventó, porque aún los historiadores no han logrado dilucidar si tal conspiración existió, incluso hay una teoría que atribuye el origen del complot al cónsul inglés en La Habana— de que las sublevaciones respondían a una conspiración dirigida por negros y mulatos libres. Miles de hombres y mujeres de color fueron sometidos a la siguiente tortura: eran amarrados a una escalera, que se recos-

taba a una pared, y a latigazos se les sacaba confesiones sobre los presuntos infidentes, o se los azotaba hasta que morían. De 1843 a 1844 fueron asesinadas más de 5.000 personas. En la conspiración de La Escalera pereció el poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, «Plácido», quien, antes de morir, delató —probablemente a causa de los suplicios— al intelectual reformista Domingo del Monte, que ni siquiera se encontraba en Cuba. Estando en Matanzas, nueve años más tarde, Fredrika oiría hablar mucho de estas sublevaciones. Para tener una idea de la violencia y la tragedia de las que surgiría poco a poco la nacionalidad cubana, a partir del exterminio de los nativos por los colonizadores, es bueno citar esta frase del brillante novelista cubano Guillermo Cabrera Infante: «¿En qué otro país del mundo hay una provincia llamada *Matanzas*?»

Ya desde su llegada misma al puerto de La Habana, Fredrika Bremer siente que ha llegado a un paraíso plagado de agitaciones políticas. Los pasajeros de *The Philadelphia* no pueden bajar a tierra pues las autoridades españolas lo prohíben. A bordo hay un tal Mr. White que, en palabras de Fredrika, era «uno de los dirigentes de la expedición de López contra Cuba». Pero a juzgar por la descripción de la escritora sueca, el tal White no tiene ningún miedo y se muestra provocativamente: «...alto y desgarbado, de piel rojiza, con una nariz irlandesa y aspecto indiferente y descuidado, se paseaba de arriba abajo, fumando un tabaco ante las miradas furiosas de los pasajeros.»

¿Quién era el tal López que dirigiera una expedición contra Cuba?

Era Narciso López, un general del ejército español nacido en Caracas, que era partidario de la anexión de Cuba a los EE.UU. Las ideas anexionistas surgen en Cuba en virtud de varios factores. Ya en 1805 el presidente Jefferson había anunciado que, en caso de guerra contra España, los EE.UU. se apoderarían inmediatamente de Cuba. En 1823, John Quincy Adams, que era Secretario de Estado norteamericano, lanzó una política respecto a Cuba que pasó a la historia con el nombre de «la fruta madura». Su tesis planteaba que, dada la debilidad de España como potencia colonial trasnochada, en contraste con la frescura, la dinámica y la vitalidad del poderío industrial y militar norteamericano, la isla de Cuba tendría por fuerza, como una fruta madura que ya no puede quedarse en su árbol, que caer en la tierra de los EE.UU. De este modo, las leyes de la gravitación y de la biología se convertían de pronto en política.

A raíz del éxito de los EE.UU. en la guerra contra México, los ricos esclavistas del Sur ejercieron fuertes influencias y presiones para anexionar a Cuba. Muchos terratenientes cubanos se sintieron atraídos por la idea de salvar sus esclavos y haciendas mediante la anexión. A partir de 1848, o sea, tres años antes de que Fredrika llegara a Cuba y el mismo año en que el presidente norteamericano Polk le hiciera una oferta a España de comprarle la isla, surgen conspiraciones anexionistas. Las de Narciso López fueron las más importantes. López hizo dos expediciones contra Cuba: de la primera se salvó pero en la segunda fue capturado y murió ejecutado en el garrote vil el 1.º de septiembre de 1851, o sea, cuatro meses después de que Fredrika abandonara Cuba. Esta cuestión del anexionismo estaba muy candente y Fre-

drika reproduce en sus cartas las opiniones que oye entre los hacendados (ninguno criollo) que fueron sus anfitriones. Con mucha razón cuenta Fredrika que los EE.UU. se oponían —y frustraban— las aventuras anexionistas. Todo parece indicar que la gran nación del norte estaba decidida a apoderarse de Cuba, pero de modo tal que los cubanos mismos no interviniesen en el procedimiento. El anexionismo tuvo su mayor detractor en el brillante intelectual reformista José Antonio Saco, y su más ilustre defensor en quien estaba firmemente convencido de que Cuba debería pertenecer a los EE.UU.: Cirilo Villaverde, autor de *Cecilia Valdés*, la mejor novela cubana del siglo XIX.

Las seis horas que Fredrika tuvo que esperar en el puerto de La Habana antes de desembarcar no le parecieron largas. El día era espléndido y ella comenzó a hacer las primeras observaciones de la realidad cubana. La vista de La Habana le pareció hermosa, «con casas bajas de todos los colores: azules, amarillas, verdes, anaranjadas, como un enorme depósito de cristales abigarrados y objetos de porcelana en una tienda de regalos...» Además, le dieron un almuerzo de bananas, cosa muy importante pues Fredrika, que la primera vez que probó los plátanos le supieron a jabón, se hizo una bananera empedernida y comía esa fruta con fruición.

En La Habana, Fredrika comienza a asombrarse de todo lo que ve. Sus anotaciones no parecen expresiones del romanticismo al que pertenecía sino más bien a lo real maravilloso americano, dado su gusto por el detalle, su frescura entre ingenua y ambivalente y por la revelación que hace de fenómenos aparentemente sin importancia pero que conforman la esencia del entorno. Tendría que pasar un siglo para que Alejo Carpentier mostrara que la realidad americana de todos los días está llena de un raro encanto; que allí la naturaleza, el hombre y sus relaciones con el medio guardan portentos de abigarramiento, una extraña sobreabundancia, eso que otro cubano, José Lezama Lima, llamaría «la cantidad hechizada». Al leer las perspicaces observaciones de Fredrika Bremer, nos damos cuenta del potencial de inspiración que le brindaron la naturaleza de Cuba y la forma de vida de sus habitantes.

Tomemos algunos ejemplos. Cuando ve por primera vez la planta de la pita, o henequén, dice que tiene forma de candelabro. Las lagartijas la fascinan. En la Plaza de Armas descubre unos árboles por cuyos troncos andaban unas lagartijas verdes que, según ella, lucían simpáticas y «reflexivas», y que cuando ella se acercaba a mirarlas, la miraban tranquilamente de vuelta. En la azotea de su hotel, sola en la noche para mirar la luz del faro del Morro y aspirar el aire delicioso (que ella compara con el aliento de un niño dormido) oye una especie de gorjeo y se lo atribuye a las lagartijas: Fredrika asegura que las lagartijas cubanas tienen voz. La profusión de bichos e insectos ya la había importunado en Carolina del Sur y en Georgia, pero es en Cuba donde le dedica más atención. Las hormigas la dejan asombrada. Estando en Matanzas, trae a su cuarto flores para estudiarlas pero descubre que alguien se las roba. Entonces mira a lo alto de la pared y ve sus florecitas paseando en una ordenada fila y desapareciendo en el listón del techo. Los cocuyos le causaron una gran impre-